

Taller de Literatura y Expresión en un centro de salud de Bajo Flores: una revisión de nuestra práctica extensionista con población migrante

Reflexiones en torno a los cruces entre espacio público y privado, y los usos diferenciales de las lenguas



Ailén Altschuler, Natalia Flechas, Gabriel Torem y
Martín Zlotnik

FFyL-UBA

Resumen

El presente trabajo tiene como fin, por un lado, la descripción del Taller de Literatura y Expresión realizado por parte del Equipo de Migraciones del Centro de Inmigración y Desarrollo para la acción comunitaria (CIDAC) desde comienzos del primer cuatrimestre del 2018: caracterizamos, específicamente, la concepción del taller como continuación del trabajo anterior del Equipo; la vinculación entre los miembros de este y las autoridades del Centro de Salud y Acción Social, espacio en donde se llevó a cabo la propuesta; la convocatoria a los participantes, incluidas las primeras interacciones y el desarrollo del taller en sí.

Por otro lado, nos abocamos a la reflexión interdisciplinaria, principalmente centrada en observaciones de carácter antropológico y lingüístico, sobre los cruces entre los usos de lenguas minorizadas como el quechua y las experiencias y relatos de sujetos migrantes. Así, retomamos las representaciones –de género, la autopercepción de la condición de sujetos migrantes–, los discursos habilitados y no habilitados y el uso de lenguas minorizadas que en este espacio aparecieron.

Palabras clave:

relatos migrantes, taller de literatura, diversidad lingüística, representaciones en torno al género.

Antecedentes

El presente trabajo tiene como objetivo la reflexión, articulada entre la literatura, la lingüística y la antropología, en torno al trabajo realizado en el Taller de Literatura y Expresión (TLE) llevado a cabo por miembros del Equipo de Migraciones a lo largo del primer cuatrimestre del 2018.

Dicho equipo es uno de los tantos que se nuclean en torno al Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (CIDAC), el cual surge en el año 2008 dentro de la Secretaría de Extensión y Bienestar Estudiantil (SEUBE) de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Si bien nuestra presencia en el barrio de Bajo Flores data del 2013, año en el que se comenzaron a desarrollar actividades con niños en el Centro de Acción Familiar N° 3 (CAF) (*cf.* Gerbaudo Suárez et. al., 2014), esta se vio interrumpida por algún tiempo hasta principios del 2017, fecha en la que se convocó a nuevos integrantes y el equipo consiguió, en líneas generales, la configuración interdisciplinaria que lo caracteriza hoy en día, logrando una solidez cada vez más notoria. El trabajo realizado durante el 2017 se centró principalmente en la realización de un taller de “mini periodistas”, con niños migrantes o hijos de migrantes en el CAF N° 3 (*cf.* Flechas, 2018).

Luego del trabajo casi exclusivo con niños, el equipo consideró necesario salir a explorar las características y composición de otras franjas etarias de la población. Las necesidades del barrio, en ese sentido, fueron más una incógnita de nuestro trabajo que una hipótesis de base, aunque, como se explicará más adelante, habiendo identificado una alta proporción de hablantes de quechua entre los padres de los niños que participaban en los talleres del CAF, habíamos previsto que el conflicto lingüístico sería uno de los problemas sobre los cuales podríamos intervenir. Por otra parte, como equipo de Migraciones, siempre hemos mantenido en nuestras actividades el objetivo de intervenir sobre las necesidades de las poblaciones migrantes, ya sean estas de índole pragmático, como tramitación de documentación, legal, como el derecho a la educación, o social, como el derecho a la no discriminación. Con estas premisas, en la primera reunión interna del equipo en 2018, se planteó la posibilidad de expandir el trabajo de manera tal que hubiese: una exploración más profunda de los intereses teóricos de todos los miembros del equipo, cuyos recorridos académicos son diversos; un aprovechamiento del crecimiento del número de integrantes; la flexibilidad suficiente para que todas las personas que integran el Equipo logren colaborar con sus actividades sin importar su disponibilidad horaria y, por último, una articulación más estrecha con otros actores sociales del barrio.

A raíz de esto se dispuso, en primer lugar, una división más equitativa de las labores, por ejemplo, la responsabilidad de asistir a reuniones del Equipo Territorial del CIDAC, que solía ser exclusiva de los coordinadores del grupo; en segundo lugar, la creación de una comisión de medios, cuyo fin fuera recolectar las noticias sobre la temática de la migración de los medios de comunicación más relevantes del país; en tercer lugar, el registro exhaustivo de las actividades a llevarse a cabo, de manera tal que funcionasen como insumos para la etapa de reflexión y socialización del trabajo llevada a cabo y, por último, la posible formulación de un nuevo proyecto, a partir de un relevamiento de otras organizaciones e instituciones que operan en el barrio, las necesidades planteadas por la comunidad y los intereses de los miembros. Esta última propuesta catalizaría nuestra aproximación al espacio del Centro de Salud y Acción Comunitaria N° 19 (CESAC N°19) ubicado en Curapaligüe 1905, como se describe en la próxima sección.

La importancia de poder ampliar la articulación con otras instituciones y la especificidad que caracterizaba a este centro de atención primaria y acción comunitaria, cuya población era en su mayor parte migrante, nos llevaron a considerar pertinente un acercamiento. Una vez establecido el vínculo con el CESAC, a nuestro primer hipotético objetivo de acción sobre las lenguas del barrio, se sumó el objetivo de ver cómo nuestro accionar como equipo podía conjugarse con el trabajo allí desarrollado en lo relativo a la salud comunitaria y los componentes sociales de la salud. La práctica extensionista también determinó que los objetivos secundarios no estuvieran delimitados de antemano, puesto que serían los sujetos en su interacción quienes nos ayudarían a desarrollar nuestras propias líneas de trabajo.

Relaciones interinstitucionales, primeros pasos del taller

Tras asesoramientos por parte del personal del CAF sobre a qué instituciones barriales podíamos acudir, llegamos al CESAC 19. Aquí conocimos a la directora del lugar, ante quien nos presentamos como miembros del equipo de Migraciones, con filiación en el CIDAC (FFyL-UBA). La respuesta fue desde un principio favorable.

El miércoles siguiente tuvimos nuestro primer acercamiento a la población del CESAC (en su totalidad gente del Bajo Flores) y asistimos a un encuentro de mujeres donde entablamos relación con la asistente social. Cabe señalar que, a partir de dicho momento, nuestro vínculo institucional se materializa en un trabajo de profundización de la relación social con ella. Además, fue en este encuentro en el que establecimos contacto con la gran mayoría de las mujeres que participaron en nuestro taller de literatura y expresión, posteriormente, en particular S. y E.

Dadas la buena recepción por parte de la población y las autoridades del CESAC, el viernes de la misma semana comenzamos el taller. En un principio teníamos que articular entre el CAF y el CESAC, ya que aquel nos brindaba una salita para poder llevar adelante el taller. Llegado el día de la primera reunión del taller, nos encontramos con que la sala de espera del CESAC estaba poblada con casi cien personas. Habíamos convenido que nosotros convocáramos al principio de todos los encuentros, –mediante la voz de la asistente social, en un comienzo– en esta sala de espera, que tiene la particularidad propia de estos espacios, caracterizados por el flujo de gente, pero también por las largas esperas.

Tras la primera convocatoria, se acercaron tres personas, dos mujeres y un hombre, que luego serían parte del cuerpo más estable de participantes del taller: se trataba de E. y M. madre e hijo –este último recién llegado a la Argentina– y S. Los tres habían pasado por situaciones de migración de Bolivia hacia Argentina y los tres habían estado relacionados con el trabajo en las minas de la región potosina.

Iniciamos el taller leyendo literatura más política, relacionada con temas sensibles, con el objetivo de elicitare reacciones sobre las cuales trabajar. Sin embargo, luego de intentar varias veces leer pequeños relatos que habíamos preparado, una de las integrantes comenzó a narrar su vida, de manera testimonial y a la vez muy lírica. Este fue un relato con el cual se identificaron los participantes del taller, ya que los tres comparten situaciones de vida que les son comunes. En efecto, sus narraciones y testimonios actualizaban su condición de migrantes que, al mismo tiempo, era problematizada constantemente.

De ese primer encuentro surgieron ciertas cuestiones para seguir indagando y preguntando: las causas y consecuencias de sus experiencias migratorias hacia la Argentina; sus representaciones de lo que implica el trabajo minero; cómo dicho trabajo atraviesa y hace a gran parte de su identidad; sus propias representaciones cosmológicas, espirituales y culturales de distintos procesos ritualizados de la vida; su relación con el español, el quechua y, en menor medida, el aymara y sus actitudes lingüísticas hacia dichas lenguas, entre otras cosas.

Podríamos decir que todos estos temas fueron ejes transversales en nuestros encuentros con el grupo, el cual siempre se manifestó interpelado por el contexto político, económico y cultural del momento. En los distintos encuentros surgieron problematizaciones con respecto a la obtención del documento nacional de identidad, al estatus como migrantes dentro de la comunidad de Bajo Flores, a la falta de empleo, a los problemas habitacionales, etcétera; es decir que dentro del taller había un marco social de actores diversos, con tramas complejas y en algunos casos, con situaciones

de fragilidad. Esto requirió de todo un trabajo de nuestra parte, donde articulamos nuestro taller con la faceta institucional del CESAC, lo que a la vez nos llevaría hacia un proceso de inserción en la institución misma.

Interpelados por este escenario con características particulares y actores múltiples, nos surgen preguntas metodológicas orientadas a nuestro esquema de acción e investigación hacia las cuales, hasta el día de hoy, dirigimos nuestra reflexión en busca de respuestas. He aquí algunas de ellas: ¿qué podemos ofrecer con la extensión a partir de las necesidades que nacen de los encuentros?, ¿cómo hacer para lograr una constancia por parte de los participantes en un espacio transitorio?, ¿cómo lograr una construcción de conocimiento de y entre pares, ajeno a una lógica académica propia de algunos sectores universitarios?, ¿qué ventajas y obstáculos nos ofrece o impone la imagen que tienen los demás actores e instituciones para con la UBA?, ¿cómo construir, desnaturalizar y desmitificar la imagen forma de producción del conocimiento universitario, en contextos donde la universidad no llega, ni se visibiliza?

Desarrollo del taller en el espacio del CESAC

El taller de literatura y expresión estuvo disponible durante todo el primer cuatrimestre. A medida que pasaba el tiempo, nuestras caras se hacían más visibles y ya éramos reconocidos por el cuerpo laboral. Luego de aquel primer encuentro realizado en el espacio del CAF, y gracias a la confianza ganada, pudimos dar el taller en el patio del CESAC, que era de gran conveniencia para los asistentes, que concurrían al taller sin perder sus turnos con médicos o asistentes sociales. Cada encuentro contaba con distintos participantes: teníamos algunos más estables que otros, pero en general eran cambiantes. Además de desarrollar los relatos testimoniales, los talleres contaron con una faceta ficcional, donde propusimos la construcción e invención de historias colectivas, en las que cada participante aportaba un granito de su imaginación para elaborar una historia. En estos encuentros enmarcados en la imaginación, pudimos observar que las tramas e intrigas que surgían entre los personajes creados por los participantes estaban relacionados con sus problemas, deseos, proyectos, soluciones de vida cotidiana: la ficción funcionaba en algunos casos como un receptáculo anónimo de problemas de la esfera privada de los participantes.

Por otra parte, al tener participantes cambiantes dentro del taller, constantemente teníamos que quebrar la frontera interpersonal dentro del vínculo social, romper la tensión que había entre los participantes y el equipo. Esto se evidenció sobre todo en los primeros encuentros, o cuando aparecían participantes nuevos: notamos una espera a que nosotros tomáramos la palabra, diéramos la consigna. Incluso, una vez hubo que reorganizar la disposición de los bancos ya que los asistentes espontáneamente se estructuraban de acuerdo a una lógica tradicional escolar. Tuvimos que recordar que no planteábamos una clase, sino un espacio de expresión. Con el pasar del tiempo fuimos teniendo más trayectoria y esta tensión fue disminuyendo cada vez más.

Un hecho significativo dentro de la relación interinstitucional fue ser relocalizados por segunda vez hacia una salita ubicada en el segundo piso del CESAC y celosamente cuidada por el personal, dada la escasez de espacios. Ubicamos este hecho como un símbolo de reconocimiento de la institución hacia el equipo, donde nosotros nos afianzamos como un taller con pertenencia al CESAC, y este a la vez profundiza su proceso de reconocimiento de nuestra propuesta, como taller, y del CIDAC, como nuestra filiación natural.

Sobre los caminos cognoscitivos del trabajo extensionista

Nos interesa aquí describir la construcción de nuestra propia área disciplinaria de acción e investigación, teniendo en cuenta que esta se fue delineando a partir de las necesidades de la población y de la interacción cotidiana con los sujetos. Por un lado, mediante el vínculo establecido con el CESAC conocimos una perspectiva que quería imprimirse desde algunos de sus profesionales, relacionada a una visión integral de la salud, que no se reduce a una consulta médica, sino que impulsa otros espacios con distintas propuestas y prácticas, que entienden a la salud no como ausencia de enfermedad, sino también como una acción para la prevención. Algunas de las actividades del CESAC –clases de yoga, encuentros de mujeres (y últimamente, también de hombres), socialización de información sobre el cuidado de la salud sexual, etcétera– fomentan este cruce de esferas, que habilitan un tratamiento de la salud contextualizado en el barrio y más holístico que el modelo hegemónico fragmentario.

De esta forma el interés de la institución por atender a elementos sociales, emocionales, físicos que no se limitaran a una atención biologicista del proceso salud-enfermedad, hacía que nuestra intervención como equipo ligado a las migraciones y diversidad lingüística fuera valorada por la directora y la trabajadora social. Quedaba en nosotros definir en el encuentro y vínculo con los sujetos, de qué forma llevar adelante nuestra labor.

Una caracterización realista de nuestras posibilidades y nuestros antecedentes académicos nos había llevado a pensar algunas posibles líneas de acción en el espacio del CESAC. Como adelantáramos previamente, dado nuestro objetivo inicial de producir un impacto social sobre la población migrante y sus problemáticas, o lo que hasta el momento caracterizábamos como tales, una de las posibles líneas de acción era intervención sobre las lenguas y su utilización política en la relación entre los efectores de salud, en tanto agentes del Estado y una población mayoritariamente migrante, de origen boliviano y hablante de diferentes variedades de quechua o de español andino. Otras actividades que consideramos desarrollar fueron la difusión de derechos y facilitación de trámites a la población migrante, la realización de talleres sobre migración y derechos, o la creación de un material literario, en forma de “bestiario”, referido a la temática de las migraciones, como forma de concientización de las realidades que enfrenta el sujeto llegado de otros países a un espacio que muchas veces les es hostil.

Esta última opción había sido la que nos resultó más interesante, pues conjugaba los objetivos del equipo y las trayectorias de los integrantes individuales, relacionados con las carreras de Letras y Antropología.

En nuestra presentación ante el grupo de mujeres, surgió el tema de la literatura como catalizadora de realidades no expresadas, en una relación íntima con el plano doméstico, más que público. Este primer encuentro nos planteó el primer problema, que es la estrechísima relación que se da entre la vida privada y la vida pública en espacios como el CESAC y sobre todo en grupos como el que teníamos delante de nosotros: mujeres que asistían a una institución estatal que brinda principalmente servicios de salud y que se vinculaban entre sí a través de relatos muy íntimos sobre realidades personales, cruzadas por situaciones domésticas complejas. La demanda planteada por las mismas mujeres era un espacio en el que esas realidades íntimas se expresaran desde la ficción, como modo de sublimación de deseos y malestares personales. Y este primer problema, así planteado, nos llevó a una de las preguntas que guiaron nuestra práctica a lo largo de las semanas siguientes: ¿qué funciones cumple la literatura y, más específicamente, la creación literaria fuera de los claustros académicos, en el territorio? ¿es posible pensar la literatura bajo los mismos paradigmas que se piensa en la crítica? ¿cuáles son los dispositivos literarios que pueden funcionar, en el sentido literal, de

resultar viables, y en el sentido matemático de modificar una variable, en un espacio donde se presupone un acceso restringido a la Literatura (con mayúscula)?

A la par de hacernos estas preguntas operativas, nos hacíamos otros cuestionamientos que indagaban en nuestras propias representaciones y las contrastaban con las de las personas que asistían a nuestros talleres. Como universitarios, algunos pertenecientes a la carrera de Letras, habíamos evitado la palabra literatura en la primera presentación de los talleres. La considerábamos demasiado escolar y grandilocuente, y temíamos que cohibiera a algunas personas de participar. Sin embargo, desde el tercer encuentro, algunas de las personas propusieron que el taller se llamara “de literatura y expresión”, que fue el nombre que quedó plasmado. Sin aventurar conclusiones muy elaboradas, y a partir de las conversaciones tenidas en el entorno del taller, sobre todo al comienzo, notamos que, en nosotros, y esto pudimos verlo a posteriori, literatura remitía a lectura, y lectura de autores canónicos. En contraposición, en las y los asistentes, esta aparecía vinculada sin mediación con la mera creación de historias y la sanación, en un sentido muy general y no sistematizado. La relación entre literatura y salud (específicamente, “sanación”) es un discurso que circula en el CESAC, donde se nos acogió como un espacio participante del conglomerado de medicina integrativa,¹ junto con los demás espacios ya mencionados.

Un detalle adicional tiene que ver con la escritura, puesto que solo una minoría de los asistentes escribían, al menos por sus propios medios. Dos asistentes manifestaron que tenían problemas de lectoescritura (ninguno era totalmente analfabeto) y otros mencionaron problemas oftalmológicos graves. En algunos casos, las personas nos dictaban sus creaciones y nosotros las transcribíamos y luego las leíamos en voz alta. Más allá del analfabetismo como problemática social, de la que por lo menos se puede afirmar que existe en el barrio, destacamos el hecho de que estas dificultades no hayan resultado impedimento para sumarse a un taller de “literatura”. Vale acotar que en ningún momento debimos romper ningún preconceito, pues nunca se nos planteó incompatibilidad alguna entre los déficits de lectoescritura y la participación en nuestro espacio.

1. La invitación nos resultó gratamente movilizadora y algo desconcertante, pues nunca nos habíamos pensado como agentes de salud. Seguimos buscando los modos de participar activamente en los espacios de medicina integrativa. Para una caracterización de este enfoque, véase, por ejemplo, Tamayo *et al.* (2010)

Hacia una glotopolítica del Sur. De la acción sobre las lenguas a la acción desde las lenguas

Uno de los ejes que guiaron nuestra presencia en el Bajo Flores fue el interés por la acción sobre las lenguas de la zona, fundamentalmente del quechua sureño en sus variedades potosina y cochabambina habladas por las familias de algunos asistentes al CAF y el español andino, de la inmensa mayoría de los habitantes del barrio. Las acciones sobre las lenguas, y específicamente las acciones glotopolíticas (Guespin y Marcellesi, 1986) se entienden como la acción que los distintos agentes ejercen sobre la distribución y el uso de las lenguas para, visibilizando su minorización, o elevando su estatus, favorecer el posicionamiento simbólico de sus hablantes o variedades lingüísticas dentro de su comunidad más amplia.

Sin embargo, nuestra llegada al CESAC nos llevó a cuestionar la aplicabilidad de ciertas categorías aprendidas a nuestro campo de acción. Una de nuestras hipótesis era que el detectar lenguas o variedades minorizadas impactaría negativamente en diversas variables de la calidad de vida de la población inmigrante del barrio, como ser el acceso a la educación o la salud. Partiendo de esta hipótesis, considerábamos que la creación de un taller donde se pudiera hablar o escribir en quechua modificaría el estatus de la lengua, al menos en nuestro limitado entorno, y con ello, las y los hablantes podrían encontrar en su lengua un factor de participación y no de marginación. Si bien el

objetivo de este trabajo no es el de hacer una revisión crítica de la bibliografía, no podemos dejar de apuntar, como un resultado del trabajo extensionista, la comprobación de algunas de las dificultades con que se encuentra una teoría desarrollada principalmente en Europa, para realidades lingüísticas históricas y políticas europeas, al ser confrontada con una realidad urbana americana, donde las lenguas en cuestión son lenguas originarias con una historia de minorización centenaria y donde los hablantes ostentan grados y tipos de bilingüismo diversos (*cf.* Unamuno, s.f.e.). Por ejemplo, ninguno de los hablantes manifestó tener conflicto con sus usos de la lengua quechua, y las reivindicaciones lingüísticas fueron más de índole folklórico que político.² En ese sentido, descubrimos que categorías como autoodio o lealtad lingüística (Ninyoles, 1972) no parecían rastreables en el discurso de los sujetos, por lo que decidimos no forzar un marco teórico y orientar nuestra acción hacia la conformación de un espacio de comunicación y creación, como se ha indicado.

Dicho de otro modo, los primeros acercamientos a la población adulta de Bajo Flores nos han llevado a virar desde nuestro primer objetivo glotopolítico, el de actuar sobre el uso y la distribución de las lenguas para fomentar un cambio de actitud y representaciones en la población general, a un objetivo menos lingüístico y más relacionado con la acción comunitaria, que es el de partir del uso de la lengua minorizada para facilitar el desarrollo de nuestros talleres en la población con la que trabajamos. En ese sentido, si hemos fomentado el uso del quechua o favorecido el uso de español andino no ha sido para instituir espacios de uso de la lengua, pues, como apuntaremos inmediatamente, es la naturaleza de nuestro espacio la que avala el uso de las lenguas “domésticas” y no nuestra acción sobre el estatus de las lenguas la que haya habilitado el uso del quechua. Sin embargo, sí son aquellas discursividades vinculadas a lo testimonial y lo doméstico, para las cuales el quechua está “habilitado”, las que se han adueñado de nuestro espacio.

El cruce entre vida privada y espacio público también genera un espacio intermedio en el uso de las lenguas. Está muy documentado (Andreani, 2014; Gandulfo, 2007) el hecho de que las lenguas originarias en situaciones urbanas quedan confinadas al espacio privado, a la vez que el castellano es indiscutiblemente la lengua del espacio público. Sin embargo, en nuestro grupo de literatura y expresión, el quechua es una lengua que se emplea libremente. En ese sentido, la posibilidad de establecer pequeños intercambios en esa lengua nos ha permitido acercarnos a E. y S., las dos mujeres más activas del grupo, y transitivamente, a M. el hombre con quien hemos entablado el vínculo más intenso, hijo de E y migrante recién llegado a Buenos Aires, cuyo español andino apenas resulta inteligible para el hablante no acostumbrado.

Ficción, testimonio y relato intimista. Los géneros literarios como manifestación de su espacio de producción

El espacio de Literatura y Expresión tomó su nombre recién a la tercera semana de nuestros encuentros. Inicialmente lo denominábamos, no sin intencionada vaguedad, como un espacio de expresión personal. En los primeros encuentros, tras nuestra lectura de algunos microtextos político históricos de *Patatas para arriba* de Eduardo Galeano, primó el interés por la narración de las experiencias de vida personales y los relatos de tono vivencial de la vida en las minas de S., I y M. Cuando intentamos leer poemas de Pablo Neruda o César Vallejos sobre experiencias mineras, notamos un desinterés generalizado, que nos llevó precozmente a abandonar la utilización de lecturas canónicas como modo de establecer el contacto con los participantes.³ El hilo de la relación sobre la región minera continuaría hasta el último encuentro del cuatrimestre, hilo que se retomaría fundamentalmente en los encuentros en que participaban I. y M. Los relatos, que comenzaron enfocándose en la cotidianidad de la vida en las

2. Tiempo después de la redacción inicial de este artículo, se presentaron dos casos de graves inconvenientes con el sistema de salud en hablantes a la sazón monolingües de quechua (actualmente ya bilingües con castellano). R debió llevar a su marido de urgencia al Hospital Piñero. Este fue ingresado a la sala de guardia y luego trasladado al Hospital Peña; hecho que no se comunicó a R, quien solo se enteró luego de una noche de búsqueda y desesperación, creyendo que él había muerto en sala de guardia. M. sufrió convulsiones epilépticas seguidas de amnesia. En un relato dramático narró los maltratos a los que la sometió un personal de salud que se expresaba en un idioma desconocido para ella.

3. Piénsese en lo referido anteriormente sobre nuestra representación de Literatura y las representaciones que circulaban entre los asistentes al taller.

minas, continuaron con una detalladísima reconstrucción conjunta de las mitologías centenarias y contemporáneas que pueblan la región, para culminar con una sentida narración personal en la que M. explicaba cómo, a través de curanderos y rituales, logró sanar a su padre de una enfermedad terminal.

Paralelamente, los días en que no venía M. (el único varón), se retomaba el hilo literario de dos relatos ficticiales que veníamos trabajando junto a las participantes: la historia de Candela, el cuento de un triángulo amoroso en el que las narradoras desplegaban sus fantasías personales, y luego el relato de Florencia y Fabián, surgido a partir del deseo de E, una de las participantes, de poner en ficción sus conflictos con un hermano "testarudo".

Igual que nuestro espacio en sí, los hilos narrativos cruzaron la vida privada, la vida pública y política, y las creencias comunitarias. La elección de los temas, a veces facilitada por nosotros, pero claramente tomada por los participantes, permite pensar que la producción literaria ha cumplido la función de creación de un espacio colectivo, con discursos habilitados y discursos no habilitados (y sus lenguas asignadas), ha sido un medio de catalización de realidades y vivencias personales y, también, en algunos casos, ha sido un medio de esparcimiento y diversión.

Vinculación de los distintos participantes con el espacio. Relación con la alteridad: representaciones de género y autopercepción migrante

Como se mencionó anteriormente, algunos participantes hicieron un uso más testimonial del espacio, que coincidió con una presencia fuerte y casi total de la oralidad, mientras que otros, si bien los menos, lo utilizaron como ámbito para el ejercicio y práctica de la escritura creativa.

Desde una intención reflexiva nos proponemos reponer aquellos usos que involucraron sentidos referidos, por un lado, a la autopercepción del migrante y, por el otro, a los roles de género. El relato de M. sobre el trabajo en las minas bolivianas, así como los relatos biográficos de S., expresaron sentidos acerca del género, que nos advierten sobre su heterogeneidad y acerca del peligro de caer en una homogeneización de la cultura boliviana en este sentido. Sin arrogarnos el monopolio ni la habilidad de captar exactamente lo que en sus historias y relatos se quería significar en lo que incumbe a estas temáticas, nos proponemos hacer una reflexión de cómo nos sentimos interpelados tanto en nuestras categorías culturales, como en nuestra praxis política.

Los relatos de M. acerca de las minas referían a un temor por el cual se dejaba a las mujeres prudentemente afuera del socavón. Las mujeres no debían entrar porque eso podía enojar a la Tía –deidad femenina, compañera del Tío– y hacer que esta propiciara la muerte. Sin embargo, las muertes podían también funcionar como ofrendas para el Tío, personaje mítico del mundo minero con quien hay que ser cumplidor y respetuoso. De alguna manera, algunas muertes parecían ser más legítimas que otras, unas se entendían como ofrendas y otros como castigo al ingreso indebido de mujeres.

Las otras participantes bolivianas del taller también se mostraron conocedoras del mundo minero; hablaban de él, mostraban sus saberes y se los apropiaban a través de sus relatos. En uno de los encuentros donde se dieron estas aperturas a la vida pasada de M. y a la mitología minera, S. contó una situación de violencia ejercida por su marido, que termina cuando un duende protector de las mujeres lo lastima en la cabeza y restablece la justicia. Esto nos llevó a preguntarnos y reflexionar sobre los distintos

sentidos que se habían expresado a lo largo de los encuentros en torno al género: aparecían duendes justicieros protectores de las mujeres y muertes propiciadas por la Tía, un ser mítico que aleja a las mujeres del ámbito del trabajo. Los elementos de la cosmogonía andina presentados en nuestros encuentros establecen una distinción de géneros que define los roles y establece los límites, incluso protegiendo a las mujeres frente a la violencia machista.

De la misma manera, surgieron ciertos comentarios de parte de M., al compartir su condición de indocumentado, que nos llevaron a pensar sobre la autopercepción de estos sujetos como migrantes. La utilidad del documento nacional de identidad se asociaba a la posibilidad (pensada como inexistente) de acceder a ciertos trabajos y estas representaciones, atravesadas por una fuerte resignación, nos llevan nuevamente a advertir la necesidad de un trabajo de concientización y visibilización de la problemática migrante, de la normativa actual y, en especial, de los derechos que deben ser reivindicados.

Consideraciones finales. La tarea de extensión: la suma de la acción comunitaria, la investigación y la formación

Hemos pasado revista a nuestro trabajo extensionista en un taller de expresión escrita en un CESAC situado en el Bajo Flores, un sector de la Ciudad de Buenos Aires con una fuerte presencia de migración boliviana. Nuestro taller nos ayudó a reflexionar sobre la relación entre la universidad y otros organismos del estado y entre estos y la población. Las prácticas discursivas de los participantes nos permitieron sacar algunas conclusiones, aunque, fundamentalmente, formular algunas preguntas sobre las relaciones entre lenguas, géneros discursivos, temáticas y ámbitos de uso.

Si bien entre los asistentes no hubo casos manifiestos de analfabetismo, los géneros (y hay que decir, también, otras vicisitudes, como los problemas visuales de S., M. e I.) también organizaron el modo de producción de los relatos: así, la serie minera fue básicamente oral, con grabado y toma de notas por nuestra parte, mientras que los relatos ficcionales fueron producidos alternativamente como construcciones orales conjuntas o elaboraciones escritas individuales por parte de los participantes.

Volviendo a la pregunta sobre la literatura en sí, el taller nos ha resultado formativo en tanto nos permitió discurrir por distintas formas de literatura, canónica y popular, escrita y oral y distintos géneros, sin *corsets* ni prejuicios academicistas, y pensar y aplicar funciones sociales y comunitarias de la literatura. Queda para otro trabajo el análisis de los textos producidos, aunque es de anticipar que este tampoco correrá por los clásicos carriles de la academia, sino que circulará en torno a las dinámicas de grupo y los paralelismos con el espacio de extensión.

A partir de las producciones escritas comprendimos que nuestro taller generó un ámbito donde se cruzan los espacios privado, doméstico, y público. Abandonado el objetivo específico de actuar sobre el uso y la distribución de las lenguas en el espacio del CESAC, retomamos nuestro objetivo general histórico de intervenir sobre la calidad de vida de las poblaciones migrantes. En esa línea, intentamos generar un espacio de diálogo y creación, en el que pudieran aparecer, a través de la actividad literaria, problemas personales o sociales en los sujetos participantes. Más que ejercer acciones glotopolíticas, lo que hicimos fue valernos de las lenguas en uso para facilitar nuestra acción comunitaria. Hemos observado que en espacios como el que nos convocó, la literatura ficcional cumple funciones de socialización y de problematización de temas domésticos, que la literatura testimonial permite reafirmar identidades y que las categorías con que

se estudia la literatura en estos espacios en ocasiones no coinciden con aquellas que dicta la academia. Gracias a las interacciones y las narrativas sobre la vida en las minas, hemos podido abordar, bien que incipientemente, discursos y relatos que articulan mitologías centenarias con nociones antropológicas más actuales, como la división de los roles sociales entre hombres y mujeres y la violencia de género.

Por último, reafirmamos que el trabajo extensionista permite construir el objeto de estudio junto con los sujetos, quebrando la dicotomía entre sujeto e investigador. En suma, si bien la constitución de un proyecto de escritura estaba entre nuestros intereses, fue la necesidad del espacio, sus integrantes y nuestras trayectorias dentro de la institución lo que nos llevó a configurar el grupo de Literatura y Expresión tal como se dio. Los autores de este trabajo provienen de los campos de la lingüística (específicamente, de la sociolingüística y el estudio de la lengua quechua) y la antropología. Para los alumnos y docentes del Equipo de Migraciones, los aprendizajes incluyeron, además, la organización de talleres literarios, la toma de notas, las formas de observación participante, los análisis de representaciones lingüísticas y discursos sobre las migraciones y el contacto directo con las problemáticas de la población del Bajo Flores.

Bibliografía

- » Andreani, H. (2014). *Quichuas, picardías y zorros. Conflictos y tácticas en una comunidad bilingüe*. Santiago del Estero: Universidad de Santiago del Estero.
- » Flechas, N. (2018). Los Niños Entrevistan: Taller de Periodismo con Niños Migrantes o Hijos de Migrantes en el Bajo Flores. En Herrero, Daniel E. y Varela, Julio R. (comps.), *Extensión: debates y reflexiones en América Latina*. Tandil. Buenos Aires: Secretaría de Extensión de Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNCPBA). En línea en http://extension.unicen.edu.ar/jem/subir/uploads/2018_497.pdf
- » Gandulfo, C. (2007). *Entiendo pero no hablo. El guaraní “acorrentinado” en una escuela rural: usos y significaciones*. Buenos Aires: Antropogafía.
- » Gerbaudo Suarez, D., Sander, J., Savan, T. y Kauffman, L. (2014). Extensión por la integración: Talleres de migración e identidad con niñ@s migrantes e hij@s de migrantes en el Bajo Flores. En *III Jornadas de extensión del Mercosur. Los aportes de la extensión universitaria en clave de integración latinoamericana*. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- » Godenzzi, J. C. (1996). Transferencias lingüísticas entre el quechua y el español. En Granda, G. (edit). En *Signo y seña*, núm. 6. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- » Guespin, L. y Marcellesi, J. B. (1986). Pour la glottopolitique. En *Langages*, Vol. 21, Num. 83.
- » Ninyoles, Ll, (1972). Normalización, sustitución y autoodio. En *Idioma y poder social*. Madrid: Tecnos.
- » Tamayo, C., Arreaza, A., Almonte, C., Barbagallo, M., Domínguez, L., Espín, J., Fagan, J., Lyons, R. y Kuluski, K. Medicina integrativa. En Jadad, A.R., Cabrera, A., Martos, F., Smith, R., Lyons, R. F. (2010). *When people live with multiple chronic diseases: a collaborative approach to an emerging global challenge*. Granada:Escuela Andaluza de Salud Pública. Recuperado de: <http://www.opimec.org/equipos/when-people-live-with-multiple-chronic-diseases>
- » Unamuno, V. (s/f). Tres reflexiones desde el Sur. En *Voz alta*. En línea en Blog de EDiSo (Asociación de Estudios sobre Discurso y Sociedad) (consulta 07-2018).